6245

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SERIAS,

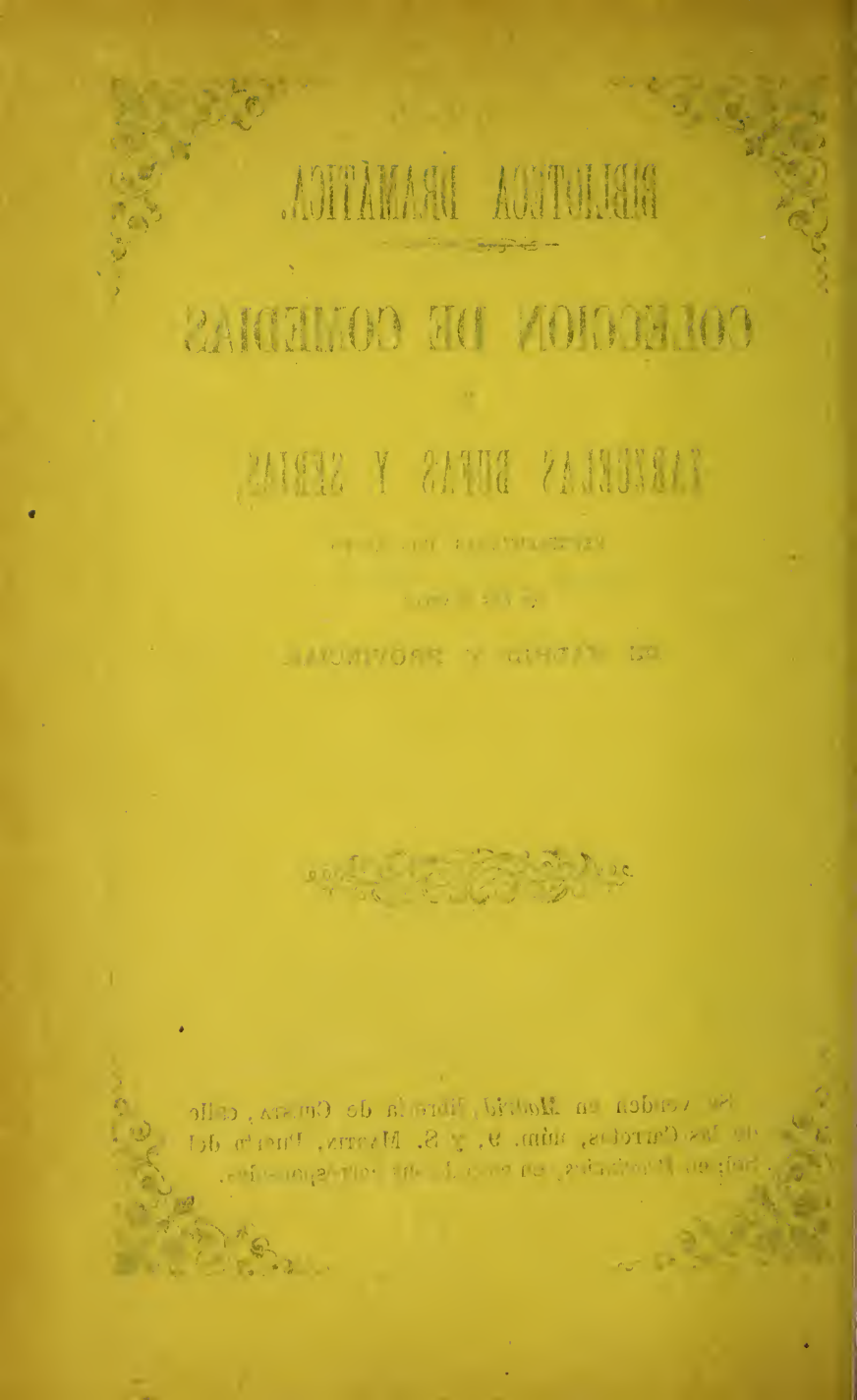
REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

Se venden en *Madrid*, librería de Cuesta, calle de las Carretas, núm. 9, y S. Martin, Puerta del Sol; en *Provincias*, en casa de sus corresponsales.

17



BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LA LINEA RECTA.

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. MANUEL PALACIOS.

Representada en el teatro de El Circo (Plaza del Rey), el dia 6 de Octubre de 1871.

OCHO REALES.

MADRID:
IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA,
CALLE DE SAN BERNARDO, 73.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
AMALIA	Doña Matilde Diaz.
PAULINA	Doña Dolores Martinez.
CATALINA	Doña Pia Navarro.
JUAN	Don Manuel Catalina.
D. PRUDENCIO	Don Francisco Oltra.
MUÑOZ	Don Mariano Fernandez.

Accion en Madrid y conteporánea.

Es propiedad del Editor; queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Comedor—Mesa al centro de la escena.—Puertas al foro y lateral á la izquierda.—Balcon derecha.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA Y MUÑOZ. *Ella en pié al lado de la mesa, sobre la cual hay una cesta de que va sacando algunos artículos. El sentado junto á la mesa escribiendo.*

MUÑ. Zei por ziete, treinta y cinco.
CATA. Treinta y cinco?
MUÑ. Nada má;
treinta y cinco y zei... cuarenta.
CATA. Cuarenta?
MUÑ. Justo y cabal.
CATA. Me falta mucho dinero.
MUÑ. Va ozté á dejarme zumár?
CATA. Pero Muñoz, si me falta...
MUÑ. Eztará ozté equivocá,
porque yo, en partida doble
no tengo ná que envidiar.
CATA. Pues me faltan doce reales.
MUÑ. Doce?
CATA. Sí.
MUÑ. Vamoz ayá.
Trez pezetas; zi por ezo
no vamoz á regañar:
pondremoz diez y zei reale,
y eztá la cuenta cerrá.
CATA. No, Muñoz, ya sabe usted
que no me gusta sisár.
MUÑ. Y me lo eztá ozté contando
á mí, que zé zu genial?
Que la conozco lo mezmo
que zi fuera zu mamá?
Que zé que ez ozté en prezona
la mezma fidelidá?
Pero ezo ze dizimula,

672689

poniendo un duro de zal;
lo maz que diran loz amo,
ez que ez ozté mu zalá.

CATA. Siempre andaluz!

MUÑ. Por zupuezto.

CATA. No lo puede usted negar.

MUÑ. Como que he nacido en Ronda:
zi viera ozté que zudiá!

CATA. Bien se le conoce á usted.

MUÑ. En qué? (*Levantándose de la silla.*)

CATA. En el modo de hablar.

MUÑ. Todoz hablamo lo mezmo
zirviendo á zu majestá,
tenemoz la mezma cara
y el mezmo modo de andar,
y tooz muz enamorao
á boyoneta calá.
La ordenanza güerve al hombre
como ze güerve un gaban;
ze hace uno bravo, y ze orvida
de lo que fué en zu lugar.
Azin que cuando uno cumple,
zi cumple zin noveá,
güerve á zu caza, y nenguno
dice: «Ez fulano de tal.»—
Con que diga ozté en qué parte
arrimo eza cantidad,
y me prezta ozté unoz cuarto,
que no tengo que fumar.

CATA. Usted abusa, Muñoz.

MUÑ. Porque la quiero, verdá?
Mízte, zeñá Catalina,
ezo cz gana de chocar.
Yo la he dado muchaz prueba
de cariño y lealtad.

CATA. Sacarme las cuentas?

MUÑ. Juzto;
puez á ezo voy yo á parar.
Digo! y que zon malaz cuenta!
Ni las del gran Capitan!
Yo zé que á ozté la vá bien
con mi modo de contar.

CATA. A qué está una?

MUÑ. Ez corriente;
á ver zí ze gana er pan...
y ozté que ez tan fiel!..

CATA. Muñoz! (*Disgustada.*)

MUÑ. Muz vamoz á pelear?
CATA. Tunante! (*Afable.*)
MUÑ. Zi lo zupiera
er coroné, qué jorná
emprendíamo loz dó!
El que ez hombre tan leal!
Y la zeñora?..
CATA. Qué lengua!
No me gusta murmurar.
MUÑ. Ya lo zé, ni á mí tampoco.
CATA. Por una casualidad
he descubierto un secreto.
MUÑ. De verá?
CATA. Usted sabrá...
MUÑ. Yo na zé ni una palabra.
CATA. Cuidado que esto es pensar...
no quiero inventar calumnias...
MUÑ. Ea, suéltela ozté ya.
CATA. Yo creo que la señora
sufre mucho con Don Juan.
Si viera usted, por las noches
qué manera de llorar!
MUÑ. Ola! Con que yora mucho?
Puez ez mala zeñal:
ez que la hace mucha farta
lo que er zeñó no la dá,
que ez un buen pié de paliza
cuando ze van á acoztar.
CATA. Que atrocidad!
MUÑ. Ozte zabe
que ez la cura radical?
Zi nozotro moz cazáramoz
(como no zucederá)
puede ozté creer que yo...
he de zaberla apañar.
(*Campanillazos dentro.*)
Oye ozté que eztan yamando?
CATA. Voy corriendo.— Quien será?
MUÑ. Un animal. De zeguro.
(*Campanillazos repetidos.*)
ez er zargento Vergaz,
que cuando trae argun parte
azuzta á la vecindad.
Entre tanto que ozté güerve
pondré la zuma total.
(*Catalina sale por el foro. Muñoz se sienta á escribir.*)

ESCENA II.

MUÑOZ.

Ezte tambien ez un parte
que parte por la mitá,
porque en mi tierra ze yama
poco menoz que robar.
Y por zupuezto, que todoz
defendemoz la moral,
y ziempre eztamos penzando
en hacer nueztra jugá.
Con que la zeñora tiene,
por lo vizto, argun pezar,
y er coroné por zu parte,
de pocoz diaz acá,
ze recoge cuando todoz
muz vamoz á levantar?
Puez, zeñor, ezte gobierno,
como dijo aquel, «Ze vá.» (*levantándose.*)
(Quien zerá ezte prezonage?)
(*Reparando en don Prudencio que aparece al foro, con sombrerera, saco de noche, paraguas, baston, etc.*)

ESCENA III.

DICHO, DON PRUDENCIO—CATALINA.

PRUD. Ya estoy harto de esperar.
(*Dejando la maleta y demás trastos sobre las sillas.*)
A dónde está la señora?
CATA. La señora...
PRUD. Acabarás?
CATA. La señora está en la cama.
PRUD. Jesus! Que barbaridad!
Y son ya las siete y media!
CATA. No acostumbra á madrugar.
PRUD. Así estan siempre enfermizos;
es claro, es lo natural.
Pasan su vida durmiendo,
sin bullir, sin trabajar!...
No ven nunca amanecer...
Cuál es su cuarto?
CATA. Si está...
PRUD. Voy á darla una sorpresa.
CATA. Déjeme usted avisar.

MUÑ. (Este mozo es de Toledo.)
PRUD. Como quieras; es igual.
CATA. Y quién digo que la espera?
PRUD. Yo, pues quién ha de esperar?
CATA. Pero su gracia...
PRUD. Un sujeto;
el nombre ya le sabrá
cuando salga á recibirme;
un caballero.
MUÑ. (Aleman.) (*A Catalina.*)
CATA. Está bien.
(*Entra por la puerta de la izquierda.*)
MUÑ. (*Ofreciéndole uno.*) Tome uzté aziento.

ESCENA IV.

DON PRUDENCIO.—MUÑOZ.

PRUD. No.
MUÑ. Puez graciaz y mandar.
PRUD. (Qué lujo! Cuanta apariencia!
Qué farsa! Que indignidad!
Quién dirá que aquí no existe
la dicha matrimonial?
Quién se fia de apariencias?
Quién se atreviera á juzgar
por tan lujoso aparato
la miseria conyugal?
Esto es inmoral, terrible!)
MUÑ. (Qué modo de pazear!
Parece que eztá en la jáula.)
PRUD. (Y quién será este truhan?)
MUÑ. (Ahora me yega la mia.)
PRUD. Oiga usted.
MUÑ. Ozté dirá.
PRUD. Usted está aquí en la casa?
MUÑ. Y no vale zeñalar.
PRUD. Me parece usted un pejc!..
MUÑ. Ez que el oficio lo dá.
PRUD. Sí, ya veo el uniforme:
sirve usted?
MUÑ. Zoy melitar,
y de la claze de tropa.
PRUD. Qué hace usted aquí?
MUÑ. Yo? Ná;
zoy aziztente del amo.
PRUD. Y qué tal?
MUÑ. Cómo qué tal?

PRUD. Será un soldadote brusco?
MUÑ. No zeñó.
PRUD. Un Fierabrás,
un hombre, que hable tan solo
del Capitan general,
del ministro de la guerra,
de la revista...
MUÑ. Jamás!
PRUD. Todos ellos son lo mismo,
no se los puede aguantar.
MUÑ. Zí le digo á ozte que no.
PRUD. Qué clase tan especial!
Y se ha hecho mas insufrible
desde que se vé alhagar.
Es claro, como que asciende
con tanta facilidad!..
En mi tiempo, á los sesenta
era un hombre Capitan.
MUÑ. Pero zi no hay nada de ezo!
Zi ozté no me deja hablar!
Er coroné ez un hombre,
y no ez nengun animal;
tiene un pronto, un poco fuerte,
y pare ozté de contar:
luego ze queda tan frezco
y tan alegre, y en paz.
Mu fino, mu campechano,
y valiente de verdá.
Mu jóven; zi tiene ahora
treinta y zeiz años no maz!
PRUD. Tanto peor, yo detesto
esa injusticia social;
la juventud me revienta,
venero la ancianidad.
MUÑ. Ozté nunca ha zido jóven?
PRUD. Buena diferencia vá!
Yo he sido siempre un modelo,
un caso particular;
como yo, reunen pocos
virtud y sagacidad.
MUÑ. Puez bazta que ozté lo diga.
PRUD. Yo vengo á regenerar
esta casa, porque tengo
un derecho paternal,
y sé que aquí pasan cosas...
MUÑ. (Zí, ya zé por donde váz.)
PRUD. El coronel, de seguro

no me lo agradecerá,
pero yo, por mi sobrina,
de todo seré capaz.

MUÑ. Ya! Conque ozté?..

PRUD. Soy su tio.

MUÑ. Qué tio?..

PRUD. Tio carnal.

MUÑ. No, que zerá ozté de yezo;
zi quiero yo preguntar
que de quién ez ozté tio?

PRUD. De la señora.

MUÑ. Ajajá!
(Puez ze ha entrado por laz puertaz
toda la felicidad!)

PRUD. Yo sé cuanto aquí sucede,
pero todo se andará.

MUÑ. Puez zeñor, me alegro mucho!

PRUD. Traigo formado mi plan,
y ya veremos si logro,
mediante mi habilidad,
haceros entrar en caja.

MUÑ. A mí? Puez zi he entrado ya.
(Avizaré á Catalina,
porque ezto ze pone mal.)

PRUD. Es precisa una reforma,
tu no me comprenderás,
pero completa, instantánea,
puramente radical.
Yo bien sé que estas medidas
os tienen que disgustar,
porque, nunca llueve á gusto
de la generalidad.
Pero yo seré impasible.

MUÑ. (Noz mandará fuzilar?)

PRUD. Si hay en la casa un estorbo....

MUÑ. Un eztorbo?

PRUD. No sé cual;
pero que no ha de escaparse
á un talento perspicáz,
porque no sé si te he dicho
que yo soy fenomenal....

MUÑ. No zeñó, pero ezaz cozaz
ze ven zin nezezidad.
de que uno mizmo laz diga.

PRUD. Yo soy un hombre inmortal,
cuyo nombre, de seguro,
pasa á la posteridad;

con una simple ojeada
conozco yo á los demás.
Ya ves si son condiciones,
talento y actividad,
para gobernar con fruto,
no una casa, no un lugar,
si que una provincia entera
y hasta un imperio quizás.

MUÑ. Ya lo creo, puez zi en ezo
el azunto ez comenzar;
Me atrevo yo á zer meniztro
ó príncipe ó concejal.
(Creo que este emperador
tiene alguna novedad.)
(*Señalando la cabeza.*)

ESCENA V.

DICHOS. AMALIA.—CATALINA.

AMA. Es usted el que me busca?
(*Despues de saludar ligeramente.*)

PRUD. Ven, sobrina, ven acá. (*Abrazándola.*)

AMA. Tio!!

PRUD. A que no me esperabas?

AMA. ¿Cómo habia de esperar?
Ha ocurrido alguna cosa?

PRUD. No, mujer, ocurrirá.

AMA. Eh?

PRUD. Ya hablaremos despacio.

AMA. Usted tan bien?

PRUD. Regular.

MUÑ. (Ve ozté ese tío? Puez eze
ez una calamidad
que ha yovío zobre ozté;
una ezpecie de fizcal
que viene á zacar laz cuentaz.
Ay, esto va á zer la mar!) (*Aparte á Catalina.*)

PRUD. No teneis nada que hacer?

MUÑ. ¡A la orden! (Ya eztá, ya eztá.
Como Dioz no ze le yeve
ezte noz dá que razcar.)
(*Aparte á Catalina: salen los dos por el foro.*)

ESCENA VI.

AMALIA.—DON PRUDENCIO.

AMA. Conque tia Nicolasa....?

PRUD. Medio lela y medio sorda.

AMA. Pero seguirá tan gorda?
PRUD. Sí, lo mismo que una pasa.
Tiene un carácter feroz
que crece de dia en dia;
hoy, delante de tu tia,
no hay quien levante la voz.
Te asombra? Y á mí tambien.
AMA. Siempre fué tan bondadosa...
PRUD. Cuando ella dice una cosa
no hay mas que añadir: amen.
Aquello es un sin cesar;
¡qué voces! ¡Qué discusiones!
Y con estas condiciones
ya vés, ¿quién puede engordar?
Aunque, marido servil,
yo, la llevo la corriente;
vivimos constantemente
en una guerra civil.
Como vosotros, igual.
AMA. No, tio.
PRUD. Si lo sé yo;
aun cuando digas que no
ya sé que os llevais muy mal.
Yo lo arreglaré; sé franca.
AMA. Pero....
PRUD. Yo te lo prometo;
si solo con ese objeto
vengo desde Salamanca.
Por tu carta he comprendido,
aun cuando tú no lo dices,
que no sois nada felices
ni la mujer ni el marido.
Hace un año, y algun mes,
que os casásteis, y es estraño
que os cansárais en un año
siendo la tarifa tres.
AMA. ¡Qué regla tan singular!
PRUD. ¡Tal es la humana miseria!
Yo soy voto en la materia
y puedo filosofar.
Se vive en paz el primero,
y si hay prole, todavia
pasa el segundo en la cría,
pero se truena al tercero.
Es la regla general,
en la que á tí no te incluyo,
porque ya veo que el tuyo

es un caso escepcional.

AMA. ¡Ejemplar apología!

PRUD. Hablo con mucha conciencia:
yo tengo ya la esperiencia
adquirida con tu tia.
Háblame con lealtad,
no ocultes tu situacion;
mira que en esta ocasion
te interesa la verdad.
Yo tengo buena nariz,
no es oro cuanto reluce.

AMA. Pero usted, ¿de qué deduce
que yo no vivo feliz?

PRUD. Tú misma has dado motivo;
lo deduzco de tu carta:
comprendo que estás muy harta,
en grado superlativo,
Magüer que tu carta ambigua,
non dice *los tus* agravios.

AMA. ¿Conserva usted sus resábios
de amor á la fabla antigua? (*Riendo.*)

PRUD. Hasta que el Señor me lleve
pensaré siempre lo mismo;
yo soy....

AMA. Un anacronismo
en el siglo diez y nueve.

PRUD. Dejemos esa cuestion
y hablemos solo de tí;
conque estás contenta?

AMA. Sí.

PRUD. ¿Tu esposo será un leon?

AMA. Yo confio en que, á pesar
de ese juicio tan cruél,
ha de hallar usted en él
condiciones que ensalzar.
Tiene un corazon que late
solo á impulsos del cariño,
y la alegría del niño,
sin ser ningun botarate.
Un marido que, sin ser
ningun ente singular,
ha sabido armonizar
el derecho y el deber.
Hombre, á quien sus sentimientos
allanaron su carrera.

PRUD. ¡Como si yo no supiera
lo que son pronunciamientos!

AMA. ¡Tio, qué vulgaridad!
Yo no hablo de la milicia.
PRUD. La suerte le fué propicia
y ascendió sin novedad.
AMA. Tiene talento, instruccion,
y al más humilde tolera;
mas no concibe siquiera
las faltas de educacion.
PRUD. Pues mira, de ser así,
de tu opinion participo:
si estás retratando un tipo
como me encantan á mí!
Sobrina, eso no es verdad,
tú has visto alguna comedia....
Un tipo de la edad media
no cabe ya en nuestra edad.
En tu tipo no se atreve
á reconocerse él mismo:
seria un anacronismo
en el siglo diez y nueve.
AMA ¿Me dará usted la razon
si es fundada?
PRUD. Sí, en verdad.
AMA. Pues tengo seguridad
de vencer su obstinacion.

ESCENA VII.

DICHOS, MUÑOZ. *Este último con una levita de uniforme y un pantalon idem sobre los hombros.*

AMA. Se ha levantado tu amo?
PRUD. De fijo estará durmiendo.
MUÑ. No zeñó, eztá leyendo
er periódico.—Le yamo?
PRUD. Casi seria mejor.
AMA. Tio, no sea usté asi.
PRUD. O vé tú; yo espero aquí
sentado en el comedor.
Tú le previenes, y luego
le veré; la gente clara;
si me pone mala cara
tomo las de Villadiego.
Es tu esposo y tú su esposa,
y yo ni pongo ni quito,
ni á tí ni á él necesito
para maldita la cosa.
Esto si me plac e así

ó me provocan sus hechos,
que yo tengo aquí derechos
muy sagrados sobre tí.
Muerto tu padre, mi hermano,
¿quién te servirá de escudo,
si me voy, y no te ayudo
contra un marido tirano?

AMA. Tio, por Dios!

PRUD. Eso no,
que no te quiero tan poco.

MUÑ. (Ezte hombre eztá cazi loco.
Bien lo zozpechaba yo.)

AMA. Vaya, pues yo no le dejo;
no gaste usted etiquetas.

PRUD. Detesto las morisquetas,
que soy castellano viejo.
Vamos andando, mujer.

AMA. Si por mucho que usted dude,
sé que en cuanto le salude
se vá usted á convencer.

PRUD. Te veo muy confiada,
pero, en fin, ya estaré alerta... (*Dirigiéndose ambos á la puerta izquierda.*)

AMA. Si estuviera yo tan cierta... (*Suspirando.*)

PRUD. De qué, sobrina?

AMA. De nada. (*Entran por la izquierda.*

ESCENA VIII.

MUÑOZ.

¡Jezú, que zombra tan negra!
Ze parece ar Cabo Otero,
que ez er gayego maz bruto
de tooz loz que comen pienzo.
Er que en la inztruicion de quintoz
le dió ar Capitan un medio,
para que hazta loz maz torpez
hicieran loz movimiento.
Ponerle á cada recluta
cuando eztaban aprendiendo,
medio pan en una mano
en la otra un quezo manchego.
Flanco der pan! «era izquierda;
derecha, ¡coztao der quezo!»
En viendo ar zeñó de tio
er coroné, ya eztá frezco:
él, que ez capaz de burlarze

aunque zea de un entierro!
Digo! en cuanto que dezcubra
eze caráuter tan feo!....
Voy á limpiar eztaz prendas.
Ezto ez vivir como un perro. (*Sentándose y registrando los bolsillos de la levita del coronel.*)
Un puro! Vamoz limpiando.
Aquí papeles: ¿qué ez ezto?
Una carta! y jié á roza!
A. J. R. Te veo! (*Leyendo en el sobre.*)
Zi yo pudiera enterarme...
Er cazo ez que no me atrevo... (*Sacando la carta.*)
No zé por qué zoy tan corto.
Malo! Malo! Un penzamiento!
En la otra carta, de fijo,
viene un manojo de peloz!
¿Zerá pozible que tenga
er coroné argun penco?
¡Eztando cazado el hombre
con una mujer de mérito!
Zi cuando uno ze apaziona
pierde hazta er conocimiento!
¡Valiente letra! Ezto ez gringo. (*Procurando leerlo.*)

ESCENA IX.

DICHO, AMALIA.

AMA. Muñoz! (*Llamándole.*) Qué estabas haciendo? (*Al ver que procura guardar una carta al levantarse precipitadamente, y que se le cae un sobre.*)
MUÑ. Yo... limpiar ezte uniforme
der corone, y...
AMA. ¿Qué es eso? (*Refiriéndose al sobre.*)
MUÑ. Un papel que ze ha caido....
y eztaria ahí en er zuelo.
(Ez lo grande; eztoy temblando
como zi fuera yo el reo.)
AMA. Es tuya esa carta? (*Recogiendo el sobre.*)
MUÑ. Mia;
ez decir: ez de mi pueblo;
digo; mi pueblo no ezcribe;
pero ez de un primo... (carnero.)
AMA. J. R. (*Leyendo en el sobre.*)
MUÑ. J. R.
(Me ha partido por en medio.)

Ezcriben Diego con Jota;
ayí zon unoz cabeztro,
con perdon.

AMA. Basta de chanzas. (*Grave.*)

MUÑ. ¡Zeñora...!

AMA. Aquí hay un misterio,
no para mí, que adivino
la verdad en tus enredos.
Esa carta es de tu amo. (*Siempre grave.*)

MUÑ. Zí, zeñora, no lo niego.

AMA. Dámela.

MUÑ. Perdone uzía,
pero...

AMA. Venga.

MUÑ. Tengo miedo
que er coroné ze incomode,
y me mande ar regimiento,
porque le tengo cariño...

AMA. Yo te guardaré el secreto
y él ignorará tus mañas.

MUÑ. Zeñora! (*Dándola la carta.*)

AMA. Pero te advierto
que otra vez no te suceda;
és un resabio indiscreto,
que hace formar muy mal juicio
de quien tiene ese defecto.

MUÑ. No he leido ni una letra,
ze lo juro á fé de Diego.

AMA. Donde encontraste la carta?

MUÑ. En el borziyo der pecho
de la levíta del amo.

AMA. Yo la dejaré en su puesto.

MUÑ. Puez Dioz ze lo pague á uzía.

AMA. Vé y que sirvan el almuerzo.

MUÑ. (Güervo ar cuarté, de zeguro,
á dar guzto ar cabo Otero.)
(*Aparte, y sale por el foro.*)

ESCENA X.

AMALIA.

Infiel! ¡Con cuánta razon
sospechaba una traicion
injustificable en él!
Qué me dirá este papel
que no diga el corazon?
Puede esplicarse en conciencia

que aquella antigua vehemencia,
cuya verdad no concibo,
se cambiára, sin motivo,
en tan fria indiferencia?
En su estado y dignidad,
es posible tal maldad,
conociendo mi cariño?
O es que el hombre es siempre niño
respecto á la veleidad?
Tal vez mi imaginacion
se ofusque en esta ocasion,
sin un motivo sensato.
Pero, Dios mio, este dato,
no es prueba de acusacion?
Y si el cariño indiscreto,
juzgando mal el objeto,
un correctivo merece?..
Yo deseo, y me estremece,
descubrir este secreto.
Qué otro objeto ha de tener
la carta que, en mi poder,
mi desdicha ha de probar?
Es preciso averiguar (*resolucion.*)
el nombre de esa mujer. (*Lee un momento.*)
Paulina! Imposible! Oh!
Ella fué quien me vendió,
ella la que unió á este escrito
un pensamiento marchito,
que al suyo simbolizó?..
Qué debo hacer? Ocultar
la causa de mi pesar,
aunque el dolor me subleva,
hasta que logre otra prueba
que no se pueda rasgar.
Ahí le dejo ese papel;
(*Colocando la carta en el bolsillo de la levita.*)
pero este emblema cruel
con que se engalanaría,
le guardo: esta flor es mia;
quién piensa mas que yo en él?

ESCENA XI.

DICHA, JUAN.—DON PRUDENCIO.

PRUD. Qué estás haciendo, sobrina,
que nos dejas allí solos?

AMA. Tio, no he perdido el tiempo.

(*Intencionada.*)

PRUD. Bien, mujer, ya lo supongo.
«Non nascen sin cuerdos fines
los rios é los arroyos,
ni ayuntan los Ricos-homes
é dan lanzas é dan potros.»

JUAN. (Es divino!) Bravo, bravo.

PRUD. Aquí tienes á tu esposo,
que como yo, se entusiasma
con aquel feliz período...

JUAN. Aquellos dichosos tiempos
(*Con gravedad cómica.*)
de Enriques, Juanes y Alfonsos,
y de Sanchos y de Urracas
y hasta de Vellidos Dolfos,
y de Almanzores y Muzas,
y Rodrigos...

PRUD. Poco á poco.

JUAN. Sí señor, y aun Ataulfos;
y aun en tiempos mas remotos,
Hércules, el mismo Hércules...

PRUD. Hombre, eso es estar ya loco.
La edad media fué otra cosa.

JUAN. Ah! sí! Los siglos dichosos
de señoríos feudales,
de mesnadas!.. Ah! que gozo!

PRUD. Aquellos tiempos... pasaron.
(*Muy grave; transicion.*)

JUAN. Qué conocimiento histórico
tiene usted!
(*Importancia.*)

PRUD. Yo leo mucho.

JUAN. Sí? (Robinson y el Bertoldo,
Qué delicioso es tu tio.) (*á Amalia.*)

AMA. (Tambien tú estás delicioso.)
(*Id. á Juan.*)

JUAN. (Esta ya se ha incomodado!)

PRUD. Pues usted no es ningun tonto.

JUAN. El servicio roba el tiempo.

PRUD. No quita lo uno á lo otro.
Y ahora que tienen ustedes
un Ateneo... Apropósito;
yendo con usted, podría
yo hablar una noche?

JUAN. (*Sin poder contener la risa.*) Cómo?
No, señor, cá! no es posible.
(*Reponiéndose..*)

PRUD. Por qué?
JUAN. Como usted no es sócio...
Sinó, si; pues ya lo creo:
allí haría usted... (el oso.)
un papel muy importante,
si señor.
PRUD. Nada de elogios.
JUAN. No señor, yo soy muy franco.
AMA. Juan nunca finge. (Me ahogo!)
(*Con intencion.*)
JUAN. Lo mismo que yo le digo,
creo que le digan todos.
PRUD. Así me gustan los hombres,
«Que non mañeros é torbos.»
(*Durante esta escena, Muñoz y Catalina habrán puesto sobre la mesa que está en el centro de la escena, mantel, cubiertos, botellas, etc. saliendo por el foro y entrando en escena varias veces. Al llegar á estos últimos versos, parece que presentan sobre la mesa el primer plato, y Catalina queda en la escena un momento, luego salen ella y Muñoz, que no vuelve hasta que lo indique el diálogo.*)
AMA. El almuerzo nos espera.
JUAN. Lo vé usted, señor curioso?
(*Sentándose los tres: en medio don Prudencio.*)
Pues por esto nos dejaba;
de nada se olvida. (*Señalando á Amalia.*)
MUÑ. (Ay!.. lomoz!)
(*Esto dicho como preocupado, y aludiendo al suyo.*)
JUAN. Muñoz, pero estás rezando? (*Riendo.*)
MUÑ. Ez que eztaba hablando zolo,
mi coroné. (*Saludando y como cortado.*)
JUAN. No te riño. (*Muñoz sale por el foro.*)
PRUD. (Cómo me carga este mozo!) (*á Juan.*)
JUAN. Pues es muy fiel, y no torpe.
PRUD. Torpe no, ya lo conozco:
tal vez demasiado listo.
AMA. No, señor.
PRUD. Si me equivoco,
Dios no me lo tome en cuenta.
AMA. (Probemos.) (*Colocándose el pensamiento en el pecho.*)
JUAN. Pues no... (Demonio!
(*reparando en el pensamiento.*)
Qué coincidencia tan rara!)
PRUD. No come usted?

JUAN. Si devoro;
pero el calor me sofoca.
AMA. Es verdad, hace un bochorno.. (*Intencionada.*)
JUAN. Mucho. (Parece que habla
con una intencion y un tono...)
No puedo mas.
AMA. (*Muy afable.*) Estás malo?
JUAN. Malo, no; que me sofoco.
Voy á abrir allí.
(*Levantándose y dirigiéndose al balcon.*)
AMA. No, deja.
(*Amalia se levanta y vuelve á sentarse; Juan abre el balcon y despues toma la levita, poniéndose de espaldas á Amalia. Esta observa de reojo.*)
JUAN. No, si yo no me incomodo.
(Aquí me dejé la carta.)
AMA. (Como busca!..) Cómo?
(*Volviéndose de pronto y como si respondiera á una palabra de Juan.— Este hará lo mismo, en seguida.*)
JUAN. (*Dejando la levita.*) Cómo?
AMA. Creí que habias hablado.
JUAN. No: y tú?
AMA. Ni yo tampoco.
(*Juan toma la levita, y registra los bolsillos.*)
JUAN. Este chico me condena.
Muñoz! Has limpiado el polvo
del uniforme!
(*Llamando á tiempo que Muñoz aparece, y responde cortado.*)
MUÑ. Yo quize...
JUAN. Siempre has de ser perezoso.
(Pues no ha dado con la carta.)
(*La pasa á su bolsillo desde el de la levita del uniforme.*)
AMA. (La guarda.)
JUAN. (*á Muñoz.*) Límpiale pronto.
MUÑ. Eztá mu bien. (*Preocupado.*)
JUAN. No te olvides.
(Ese pensamiento es otro.) (*Muy satisfecho.*)
«Non es de sesudos homes
comer caliente en Agosto.»
PRUD. Es verdad.
AMA. Tiene ocurrencias!..
(*Riendo á carcajadas.*)
(Tan falso y tan ciego!)

MUÑ. (Todoz
eztan contentoz y comen,
mientraz yo eztoy hecho un horno,
y con el arma en un hilo
aguardando el trueno gordo.)

PRUD. Sin adulacion, sobrina, (*á Amalia.*)
que no cabe entre nosotros,
confieso que me has vencido,
con referencia á tu esposo.
Yo creí que usted sería (*á Juan.*)
una especie de hipopótamo;
se lo digo con franqueza.
(*Juan vá á hablar, cuando Amalia dice estas palabras anticipándose.*)

AMA. Pues, en tratándole á fondo,
confirmará usted su juicio;
aun cuando yo no soy voto
para decir estas cosas,
y en su presencia!

JUAN. (Qué modo
de elogiarme tiene Amalia!...)
Yo soy lo mas venturoso. . .!
Tengo por mujer un angel.

PRUD. Me gusta un buen matrimonio.

AMA. Juan tiene unos pensamientos . . . .
tan nobles. . . . (*Marcando*). . . .

JUAN. (Aquí hay embrollo!)

AMA. Tiene algun defecto. . .

PRUD. (*Juan observa á su mujer.*) Es claro. . .

CATA. (Ay, Muñoz, yo me acongojo.) (*Llorosa á Muñoz.*)

MUÑ. (¿Quién la ofende á ozté, mi vida?) (*á Catalina.*)

CATA. (Usted.) (*Id. á Muñoz.*)

MUÑ. (Yo? Zi zoy un monztruo. (*Id. á Catalina.*)

CATA. (Me falta un real en la cuenta.) (*Id. á Muñoz.*)
(Un real?) (*Id. á Catalina.*)

CATA. (Lo menos.) (*Id. á Muñoz.*)

MUÑ. (Y un tordo.) (*Id. á Catalina.*)

CATA. (Enmendará usted la suma?) (*Id. á Muñoz.*)

MUÑ. (Aunque me haga usted canónigo.) (*Id. á Catalina y sale por el foro*)

JUAN. Vamos! Aquí no hay quien sirva? (*Dando un golpe en la mesa: Muñoz y Catalina acuden.*)

AMA. Ay! que salida de tono! (*Riendo.*)
Mi marido algunas veces
tiene pensamientos cómicos. (*Muy marcado.*)

JUAN. (Dale con los pensamientos!)

AMA. No te enojes.

JUAN. No me enojo.
PRUD. Yo, que os juzgué desgraciados,
y os veo como dos tórtolos!

ESCENA XII.

DICHOS, PAULINA.

PAUL. ¿Qué tal? Llego á tiempo? (*Desde el foro entrando.*)
JUAN. Sí. (*Levantándose.*)
AMA. ¡Paulina! (*Id. dirigiéndose á su encuentro, la besa, y recíprocamente Paulina á Amalia.*)
PAUL. (*á Amalia.*) Qué tal estamos?
AMA. Deja los cumplidos, vamos,
y ven á sentarte aquí. (*Conduciéndola á la mesa. Don Prudencio se levanta.*)
PAUL. He almorzado ya.
AMA. Silencio! (*Cariñosa.*)
PRUD. (Qué muchacha tan divina!)
AMA. Mi buena amiga Paulina,
y mi tio Don Prudencio. (*Presentándoles respectivamente, se sientan todos; Paulina al lado de Amalia.*)
Contigo estoy en mi gloria.
PAUL. (Ah!) Zalamera! (*Cogiéndola una mano. Reparando en el pensamiento, luego procurando disimular.*)
AMA. (Y me engañas!)
¿Miras mi flor?
PAUL. ¡Es estraña! (*Algo desconcertada.*)
AMA. Ya te contaré su historia.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada con buen gusto. Puerta al foro y laterales. Reló de sobremesa al foro derecha.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA.—PAULINA.

AMA. Hemos calculado mal.
PAUL. No hemos calculado bien.
AMA. Dejar en el mes de Agosto
las playas de Santander,
para venir á freirnos
á esta pícara sarten,
ha sido una necedad.
PAUL. ¿Y qué le vamos á hacer?
AMA. Ya no hay remedio.
PAUL. Paciencia.
Estamos á fin de mes,
y en Setiembre ya se vive.
AMA. Segun.
PAUL. Suele suceder....
AMA. Mira que el año pasado...
PAUL. Si hasta el tiempo vá al revés.
AMA. Es verdad; suceden cosas
que no se pueden creer. (*Intencion.*)
PAUL. Por qué lo dices?
AMA. Paulina, (*Suspirando.*)
tú eres feliz.
PAUL. Y por qué?
AMA. Porque estás libre, no tienes
marido á quien complacer,
con quien reñir....
PAUL. ¡Ay, Amalia,
no conoces la viudéz!
Es la situacion mas triste
que tú puedes suponer;
y yo á tí no te deseo
esa desgracia.

AMA. Lo sé.
PAUL. La mujer sola en el mundo
sufre tanto...!
AMA. ¿Y cuándo es
jóven, bonita, elegante...?
Y, ya ves, no lo diré
por lisonjearte...
PAUL. Es claro.
AMA. Me dirás que no haya quien
se interese por su suerte?
Vamos, si no puede ser.
Una viuda que conserva
los rasgos de la niñez,
con discrecion y hermosura....
PAUL. Hace un año que enviudé.
AMA. Sí, pero á veces no quita
lo valiente á lo cortés.
Que tú eres fiel, no lo dudo;
pero, al fin, es menester
muchas veces violentarse,
representar un papel
con el que está en desacuerdo
nuestro carácter: ya ves,
no es regular que tú misma
anticipes tu vejéz. (*todo esto con violencia.*)
Paulina, tú no eres franca.
PAUL. Sí, Amalia.
AMA. No insistiré;
pero estraño que en tus redes
no haya caido algun pez. (*Afable y risueña, conteniéndose.*)
Tú misma has de confesarlo.
PAUL. Mujer, te lo juraré.
AMA. No quiero yo juramentos.
Sin decírtelo otra vez
has de arrojarte á mis brazos
diciendo: «Amalia, pequé.»
PAUL. Pero tú qué sabes...?
AMA. Nada,
pues si yo llego á saber,
ya verás como te digo:
«Mira, en ese sospeché;» (*Mucha intencion.*)
y tú lo confesarás,
aunque te humille ceder, (*Id.*)
y me dirás: «Maliciosa,
acertaste»..... si acerté.
Paulina, yo te conozco,

y sé que no has de tener
secreto para tu amiga;
porque yo te confié
cuantos pude confiarte,
sin sospechar, sin temer
que tú fueras indiscreta,
conociendo el interés
que tienes en mi fortuna. (*Dulzura, pero intencion.*)
Tres años hizo anteayer
que te conocí, ¿recuerdas?

PAUL. En San Sebastian.

AMA. Despues
conocí á Juan, por tu esposo.

PAUL. Si, tu marido y Manuel
fueron siempre muy amigos.

AMA. Tú le tratabas tambien?

PAUL. Es natural.

AMA. Ya lo creo.
¡Paulina, qué tiempo aquel!
Tú tenias un marido
y yo un padre á quien querer.

PAUL. Poco tiempo se llevaron.

AMA. Sí, muy poco.

PAUL. Don Gabriél
sucumbió al mes de tu boda.

AMA. Hace veinte me casé. (*Suspirando.*)

PAUL. Lo dices de una manera,
que á cualquiera dá á entender
que no eres feliz, Amalia.

AMA. Lo fuí.

PAUL. ¿Cómo?

AMA. Te diré.
Era muy dichosa, cuando
no podia comprender
que tan pronto se nublára
aquella luna de miel.
Cuando creí que mi esposo
adoraba á su mujer.
Cuando me juzgué segura
de que, siendo esposa fiel,
no habia de dar motivo
al fastidio ni al desden. (*Afectada.*)

PAUL. Amalia, qué estás diciendo?

AMA. Ah! sí, yo te contaré.....
Hay cosas que aunque se vean,
seria una insensatéz,

sin pruebas irrecusables
decirlas, como se ven.
Y que yo tengo secretos
como tú. (*Intencionadamente aunque con dulzura.*)

PAUL. Me acusas?

AMA. Qué?
Acusarte yo? No, tonta,
seria en mí una sandéz:
cuando tenga fundamento
entonces te acusaré.
Son quejas de la amistad,
porque al fin has de caer.

PAUL. (Yo deberia decirla
la verdad.)

AMA. (¿Y callaré
mi sufrimiento? Imposible!)
Paulina! (*Conteniéndose.*) (No puede ser;
porque acusarlos sin prueba
era avisarlos tal vez.)
Voy á llamar á mi tio;
son las cuatro menos seis,
haré que se vista, y luego
podemos salir los tres.

PAUL. Y Juan?

AMA. Juan hace dias
que yo no salgo con él.
Es otro secreto mio,
que ya te revelaré,
como aquella historia rara
del pensamiento. (Cruel!)
Vuelvo en seguida. (Dios mio!
recuérdala su deber.)
(*Sale por el foro.*)

ESCENA II.

PAULINA.

Amalia todo lo sabe;
con razon lo sospeché:
tiene pruebas, y se funda...
Aunque pensándolo bien,
sin mas datos que mi carta,
cómo ha podido entender?
Yo en ella nada decía
que pudiera darla pié
para pensar... Deseaba

poder hablar con usted.
(*En viendo á Juan que llega por la puerta izquierda.*)

ESCENA III.

DICHA, JUAN.

JUAN. Y yo; todo lo presiento;
¿usted habrá comprendido
que mi esposa ha sorprendido
el suyo y mi pensamiento?
Que llora? Es costumbre antigua,
á la que estoy avezado;
por lo demás, no hay cuidado,
esta carta es tan ambígua...
PAUL. Amalia lo sabe todo.
JUAN. Pero, Paulina, qué sabe?
Aquí la firma es lo grave,
la carta, de ningun modo.
Si me pide esplicacion
yo se la daré cumplida;
pero no hay miedo que pida,
conozco su obstinacion.
No dá su brazo á torcer;
seguirá así, circunspecta;
lo que es por la línea recta
nunca marcha mi mujer.
Sufre, llora; sin embargo
nada dice del asunto,
y para llegar á un punto
sigue el camino mas largo.
Quién descubre la intencion
conque esa carta se ha escrito?
PAUL. Un sentimiento maldito
destroza su corazon.
Una sospecha que trunca
su porvenir y su vida;
una herida, cuya herida
no se cicatriza nunca.
Ella tal vez me condena,
como causa de su llanto;
y yo, al verla sufrir tanto,
no puedo callar sin pena.
Hay una estraña espresion,
en sus palabras conmigo!..
Y qué importa, si consigo
de este modo mi intencion?

Si usted cede...

JUAN. Francamente,
ya sabe usted que la quiero,
que soy complaciente, pero
no puedo ser complaciente.

PAUL. De un necio, de un botarate
quién se ocupa?

JUAN. Yo.

PAUL. En un pronto.

JUAN. Paulina, yo con un tonto
hago cualquier disparate.
Y más cuando á usted acosa
y se atreve y desatina:
no hablemos de eso, Paulina,
pídame usted otra cosa.

PAUL. No, Juan, no desistiré.

JUAN. A esos pollos les agrada
recibir una estocada
posdata de un puntapié.
Ciertos entes insolentes
así conquistan su gloria:
créame usted, es la historia
de una porcion de esos entes.

PAUL. Me negará esa merced
quien su afecto manifiesta?..

JUAN. Paulina!

PAUL. Vengo dispuesta
á no apartarme de usted.

JUAN. Paulina, de ningun modo.

PAUL. Usted no me quiere. (Cielos!)
(*En viendo á Amalia y don Prudencio al foro: han oido las últimas palabras.*)

ESCENA IV.

LOS DICHOS, AMALIA.—DON PRUDENCIO.

AMA. (Ah!)

PAUL. (Qué es esto?)

JUAN. (Nos acechan!)
Qué tal, señor don Prudencio?

PRUD. Bien, sobrino, ya estoy útil
para dar un buen paseo:
mi costumbre favorita;
en Salamanca es lo mesmo.
«Qué bien paresce al fidalgo
el ejercicio é aseo,
y el andarse por los riscos!

Que non mullidos asientos
é deleitosos manjares.
blanco, pan é limpio lecho,
dieron homes á las letras
é á las armas caballeros.»

AMA. Tio...

PRUD. Qué quieres, sobrina?

JUAN. (Este hombre no tiene precio!)

AMA. (Ya no hay duda, esto es infame!)

PAUL. (No, no: callarlo no debo!)

PRUD. Pues si quereis que salgamos
no habeis de perder el tiempo.
(*Sacando un reló antiguo.*)
Son las cuatro, me parece:
no sé si voy bien.

JUAN. Sobérbio!
(*Despues de ver el suyo.*)

PRUD. Marcha al minuto.

JUAN. Es magnífico!

PRUD. Oh! sí.

JUAN. (Parece un caldero.)
Será antiguo?

PRUD. Es un regalo
que hizo su padre á mi abuelo.
Eh! para los que detractan
las obras antiguas! Necios!
Nada mas que cuatro veces
le ha tenido el relojero.
Qué máquina!

JUAN. (De la fuerza
de cien caballos lo menos!)
Esa rueda solamente ..
(mueve un molino harinero.)

PRUD. Es muy cómodo.

JUAN. Muchísimo.
(Esto es necesario verlo,
para creer que en el mundo
existe este majadero.)

PRUD. Vamos, vamos!

AMA. Si es temprano.

PRUD. A las cuatro?

PAUL. Ya lo creo.

AMA. Las cuatro, en el mes de Agosto!

PRUD. Pues, hija, no lo comprendo.

PAUL. A estas horas, en el Prado
hará el calor del infierno.

AMA. Podemos salir mas tarde.

PRUD. Como gusteis; soy un cero.
Lo mismo es con Nicolasa;
pero aquella tiene un genio!
Querrá usted creer, sobrino,
que en poco mas de año y medio
la han quitado las rabietas
doscientas libras de peso?
JUAN. Es una mujer de libras?
AMA. (Dios mio, lo que padezco!)
PRUD. Es el carácter mas raro!..
Qué indirectas! Qué rodeos!
Nunca se dirije á un punto
por el camino derecho.
AMA. Pues de ese tipo, en la vida
se ven bastantes ejemplos.
JUAN. (Esto es curioso! Que nadie
reconozca sus defectos!)
PAUL. (Tiene razon.)
PRUD. Yo, al contrario,
me paso de puro recto,
y me voy derecho al bulto,
pero de un modo discreto.
(*Amalia se sienta.*)
PAUL. Amalia!..
(*Paulina se aproxima á ella.*)
AMA. Me siento mala.
JUAN. Qué tienes? (*Aproximándose.*)
PRUD. Algun mareo.
AMA. Tal vez.
PRUD. Si, no será cosa:
tienes buen color, muy bueno.
PAUL. Vamos, acuéstate un rato.
JUAN. Que avise Muñoz al médico.
AMA. No, no es preciso. (Me ahogo!)
Será un desvanecimiento.
PRUD. A ver el pulso, sobrina;
(*Tomándola una mano.*)
yo soy casi un curandero.
A tu tia Nicolasa
la he curado yo un divieso,
y en seguida que se queja,
ya se sabe, la receto
el Leroy, con tanto tino,
que aun no ha perdido el pellejo.
A ver la otra mano. Vaya!
Es un cólico... indigesto.
Mande usted al instante

por el Leroy.

JUAN. Don Prudencio!

ESCENA V.

DICHOS, MUÑOZ, *al foro.*

MUÑ. Zi uzía me da premizo,
mi coroné...

JUAN. Eh! qué es eso?

MUÑ. Un cabayero que dice...
vamo, que ez un cabayero,
que quiere hablar con uzía.

JUAN. Dile que aguarde un momento,
y haz que pase á mi despacho.

MUÑ. Está mu bien.

PRUD. Oye!

MUÑ. (Güervo!)
(*Sale por el foro*)

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* MUÑOZ.

JUAN. Te mejoras?

AMA. Sí.

PAUL. Qué sientes?

AMA. Paulina, no sé qué siento. (*Casi llorando.*)

JUAN. Vuelvo pronto: ¿usted se queda
á la mira?
(*A Amalia y á don Prudencio respectivamente.*)

PRUD. Por supuesto:
aunque, desgraciadamente,
la lleven al cementerio.
(*Paulina se adelanta un paso involuntariamente al encuentro de Juan.*)

PAUL. (Juan!..)

JUAN. (Prudencia!) (*Indicándole á Amalia.*)

AMA. (Qué cinismo!
Ah! Dios mio, estan ya ciegos!) (*levantándose.*)
Tio! tio! (*Abrazándole llorando.*)

PRUD. Por qué lloras,
mujer? Que vayan corriendo
por el Leroy.
(*Dirigiéndose á Juan que sale por la puerta del foro.*)

PAUL. (*afectada.*) (Vírgen Santa.)

PRUD. Aver la lengua. Juzguemos... (*A Amalia.*)

AMA. (Infame!) (*Sale por la derecha.*)

PAUL. Amalia! (*Siguiéndola.*)

ESCENA VII.

DON PRUDENCIO.—MUÑOZ, *á poco, por la puerta del foro.*

PRUD. Sobrina! (*Vá hácia la derecha y se queda á la puerta.*)
Pues, señor, aquí hay misterio.
Esto es mas que singular;
no puedo dar con la clave;
si pondrán la cara grave
por ver si me hacen saltar?
Si creerán que yo soy tonto
y que la farsa me ofusca?
No, pues á mí el que me busca
me suele encontrar muy pronto.
No soy ningun majadero
á quien se haga tal ofensa,
sin llevar la recompensa
inmediatamente. Ola, ranchero! (*á Muñoz.*)

ESCENA VIII.

DICHO, MUÑOZ.

MUÑ. (Pero, zeñó, ezte hombre
por qué me tendrá á mí tírria?)
Azistente.

PRUD. Me es lo mismo.
De dónde eres?

MUÑ. De Galicia.

PRUD. Bien se te conoce.

MUÑ. Muncho.
(Zabrá el hombre economía!)

PRUD. Tú mientes?

MUÑ. Jezú, ni en broma:
tengo horror á la mentira.

PRUD. Así me gustan los hombres.
Tú podras darme noticias
de lo que aquí está pasando?

MUÑ. Zi zu mercé no ze ezplica...

PRUD. Yo ya sé lo que es el mundo,
y nada me maravilla.

MUÑ. Por loz año, ya lo creo,
ya puede ozté cantar miza.

PRUD. Y si cumples como debes,
no te faltará propina.
Sospecho que en esta casa

hay disgustos de familia.
MUÑ. Zi zeñó, ez ozté un zabio.
PRUD. En eso me haces justicia.
Vamos, habla, y nada temas.
Tú sabes si mi visita
es la causa del disgusto?
MUÑ. No zeñó, Ave-María!
A ozté le queremoz todoz,
todoz loz de la cocina.
PRUD. Eh? (*Incomodado.*)
MUÑ. Puez zi bien ze conoce:
ozté no vé qué alegría
tenemos todos?
PRUD. Te burlas? (*furioso.*)
MUÑ. No zeño, ezta ez la fija.
PRUD. Acabemos, qué sucede?
MUÑ. Que la zeñá Catalina
tiene un genio irreziztible.
PRUD. Mira, si cojo una silla?.. (*Indignado.*)
MUÑ. Pero ozté de qué está hablando?
PRUD. De quién? De la señorita.
A mí de tí, qué me importa?
MUÑ. Ya, vamo, puez yo creia...
PRUD. De tu amo.
MUÑ. Ya comprendo.
Puez... nada; no zé ni chizpa.
PRUD. Hombre, estoy por estrellarte.
MUÑ. Don Prudencio, eza zería
la barbaridad maz gorda...
PRUD. Quitese usted de mi vista.
MUÑ. Mizte, yo aquí reprezento
lo mezmo que en la milicia,
y ayí á un hombre y á un cabayo
le dicen cabayería.

ESCENA IX.

DICHOS, AMALIA.

AMA. Tio!..
PRUD. Sobrina, qué quieres?
AMA. Tenemos que hablar.
PRUD. Pues mira, (*á Muñoz.*)
largo de aquí.
MUÑ. Voy corriendo.
PRUD. Y cierra esa puerta. (*La del foro.*)
MUÑ. (Atiza!)
Eztá bien: echo la yave?

PRUD. Este muchacho me indigna.
AMA. No haga usted caso.
MUÑ. (Qué tio!)
PRUD. Cómo te encuentras, sobrina?
(*Muñoz sale y cierra tras sí la puerta del foro.*)

ESCENA X.

AMALIA.—DON PRUDENCIO.

AMA. No puedo mas. (*Dejándose caer sobre una silla.*)
PRUD. Qué sucede?
AMA. Baje usted la voz, que puede
estar oyendo Paulina. (*levantándose.*)
Tio, usted adivinó
mi existencia infortunada;
tio, soy muy desgraciada! (*Llorosa.*)
PRUD. Ya sospechaba yo...
AMA. Un desengaño me obliga
hoy á descorrer el velo;
usted será mi consuelo,
yo haré lo que usted me diga.
Mi franca revelacion
sería una impertinencia,
si no tuviera conciencia
de que me sobra razon.
Si habia usted de creer
á no ver claros indicios
que estraviaba mis juicios
la vanidad de mujer.
Si yo no puedo aclarar
la duda que me subleva,
aunque he visto alguna prueba
que no se puede negar.
Si causan pena y dolor
semejantes pensamientos,
que manchan los sentimientos
de la mistad y el amor.
Quién creyera en mi marido,
quién sospechára en Paulina?..
PRUD. Si no concluyes, sobrina,
voy á dar un estallido.
AMA. Yo era con su amor dichosa,
tio, y mi esposo me engaña.
PRUD. Conque eso es lo que te estraña?
Yo creí que era otra cosa.
No merece ese sofoco
semejante tontería.

AMA. Pues usted, qué suponia?
PRUD. Vaya, tú sabes muy poco.
Sí, ante esa infidelidad,
tu indignacion es muy justa;
pero es que á mí no me asusta
nada de la sociedad.
La venganza es muy sencilla;
si tu marido es un pillo,
yo le meto en un castillo
ó hago que vaya á Melilla.
El asunto es muy formal.
Tú conoces á la dama?
AMA. Sí.
PRUD. Será lo que se llama...
AMA. Tio, no piense usted mal.
Claro es que usted no imagina...
PRUD. La conozco yo?
AMA. Dios mio!
PRUD. Vamos, acaba!
AMA. Si, tio.
PRUD. Quién es?
AMA. Paulina.
PRUD. Paulina!!
Tú tienes seguridad?
AMA. Si señor.
PRUD. Qué compromiso!
Pues señor, aquí es preciso
que muestres sagacidad.
Tú tienes pruebas?
AMA. Las ví.
PRUD. Y no las conservas?
AMA. No:
una carta que infundió
estas sospechas en mí.
Que aun viendo su liviandad,
con mi dolor satisfecha,
quiero llamarla sospecha
por no decir realidad.
Allí, para mi tormento,
ví esta flor.
(*Mostrándole el pensamiento que saca de un tarjetero.*)
PRUD. Lo consabido:
un corazon, un cupido,
un palomo, un pensamiento...
Dame esa flor, tú verás,
si contra ese amor intruso,

hago yo de ella buen uso
para inquirir lo demás.

ESCENA XI.

DICHOS, JUAN, *á poco* PAULINA.

PRUD. (Tu marido. Vete y déjanos; (*A Amalia.*)
ya sabrás mis instrucciones.)
Hola! Ya está usted de vuelta?
JUAN. Si señor, siempre á sus órdenes.
PRUD. Muchas gracias. (Vaya un mozo!)
PAUL. Amalia! (*Saliendo y fijándose en Juan.*)
AMA. Qué? (*Con disgusto.*)
PAUL. Tienes flores?
AMA. Sí. (*Violencia.*)
PAUL. Tú no quieres peinarte?
AMA. (¡Qué violencia!)
PRUD. (¡Qué Corte!)
AMA. Como quieras. (Falsa!)
PRUD. (¡Digo!
Al verla, ¿quién lo supone?) (*Amalia y Paulina entran por la derecha.*)

ESCENA XII.

JUAN.—DON PRUDENCIO.

JUAN. (En guardia!)
PRUD. Sobrino, tengo
que hablar con usted.
JUAN. Pues, hombre,
á la ocasion pintan calva.
PRUD. Es verdad.
JUAN. Hable y desfóguese.
PRUD. Lo siento, pero es preciso
que usted me dé esplicaciones. (*Gravedad cómica.*)
JUAN. Qué dice usted? Ah! ya caigo! (*Riéndose y conteniendo despues el primer impulso.*)
Pregunte usted sin temores.
PRUD. «Yo soy aquel caballero,
que en Granada entró en la noche,
é al rey moro hurtó su dama,
é torno al campo veloce.»
Sobrino, usted ha faltado
á lo que el deber dispone.
JUAN. Don Prudencio!
PRUD. A mí me importa

muy poco que usted se enoje;
no me arredro ante el peligro,
cuando me sobran razones.

JUAN. Le advierto á usted, que es posible,
como usted no se reporte,
que no tenga la paciencia,
ni la tolerancia enorme
que el argumento requiere.

PRUD. Cómo?

JUAN. En muchas ocasiones
no está el hombre tan amable,
tan complaciente y tan dócil
como suele de ordinario.
Usted no es un alcornoque;
tiene un corazon muy noble,
y una ilustracion muy basta,
y usted distingue y conoce
y vé el corazon humano
á través del uniforme,
y sabe que, algunas veces,
el hombre ni vé ni oye,
y es capaz el mas pacífico
de hacer una que dé golpe.
Continue usted.

PRUD. El caso
es que usted ha dado un corte
á todos mis pensamientos.

JUAN. Estábamos en la noche,
«en que hurtó al moro su dama
é tornó al campo veloce.» (*Riendo intencionadamente.*)

PRUD. Pues nada me ha sucedido
despues que á nadie le importe. (*Indignado.*)

JUAN. Hay asuntos de familia
en que solo un alma pobre
puede encontrar un motivo
para echárselas de dómine,
y aquel á quien nadie llama,
ya vé usted á qué se espone.
Hubo un Redentor, y aun ese
murió á manos de los hombres.

PRUD. Es que yo tengo un derecho
para hacer reconvenciones.

JUAN. Un derecho? No se duda,
pero no se reconoce.

PRUD. Amalia es muy desgraciada,
y yo conozco los móviles

de su estremada desdicha.

JUAN. Usted todo lo conoce.

PRUD. Don Juan, seamos discretos.

JUAN. Seámoslo.

PRUD. Entre los jóvenes
hay tentaciones horribles.

JUAN. Vaya por las tentaciones!

PRUD. Y yo tengo un ojo *Clínico*
capaz de medir á un hombre,
y penetrar los secretos
en un corazon de bronce.
Amalia llora, y de fijo
que á ninguno se le esconde
la causa de su desdicha.

JUAN. Como usted no desemboce
esas profundas palabras,
y deslinde y relacione
tanto pensamiento, inútil
será que yo me incomode.

PRUD. Sepa usted que mi sobrina
tiene celos, pero atroces.

JUAN. Con que celos? Pues me alegro.

PRUD. Se alegra usted? ¡Homo, hómine!

JUAN. No vé usted que me demuestra
que conserva ciertas dotes...?
Cierto candor? Sobre todo,
aquel cariño de entonces...?

PRUD. (Tiene el alma atravesada.)
Es claro; al fin y á *la postre*,
dirá quién es.) Señor mio,
permita usted que me asombre.

JUAN. Asómbrese usted, y vuelvo. (*Riendo.*)
Hasta despues.

PRUD. (Vaya un golpe!)

ESCENA XIII.

DON PRUDENCIO.

«Yo os repto, los zamoranos,
por cobardes é traidores,
é á las aves é á los peces,
é á los rios é á los montes!»
Veremos, Señor tirano,
puesto que usted se propone
que empiece la guerra á muerte,
quien á quien destroza, y rompe.
Y o tengo, para lograrlo,

recursos de primer órden.

ESCENA XIV.

DICHO, AMALIA.

AMA. Tio...
PRUD. Qué quieres, sobrina?
Ya te he dicho que no llores.
Confia en mí, tu no sabes
lo que valgo. *Nihil sub sole.*
No lo entenderás, de fijo,
yo lo leí la otra noche
encabezando el anuncio
de un vendedor de jamones.
Yo he de gobernar tu casa
volviendo á tu esposo dócil,
ó aquí perecemos todos.
«A la vega, ricos-homes!» (*Sale por el foro.*)

ESCENA XV.

AMALAI, *luego* JUAN.

AMA. Vamos, está de remate.
(Juan!) (*viéndole.*)
JUAN. (Veremos si ella rompe.)
AMA. (Si él dijera la verdad,
si confesára...)
JUAN. (Está hermosa!)
AMA. Juan...
JUAN. ¿Estabas ahí, esposa?
Qué tal?
AMA. Bien. (¡Qué falsedad!)
Y gracias á tus desvelos
me encuentro bien.
JUAN. Sí? (Ya salta.)
AMA. No, no he notado la falta.
JUAN. (Y dice que tiene celos!)
AMA. Paulina y mi tio...
JUAN. ¡Oh!
AMA. Los dos son tan buenos!...
JUAN. Sí.
Qué falta hacia yo aquí?
AMA. Estando Paulina, no.
JUAN. Justo.
AMA. Qué quieres que diga?
La verdad. (Chasco te llevas.)
Si me ha dado tantas pruebas

de ser una buena amiga!
Nuestro afecto es fraternal.
(Gozando está en mi martirio!)
Yo la quiero con delirio.

JUAN. Que amistad tan especial!
Pero ese afecto vehemente
yo creo que el nuestro evita.

AMA. No lo creas, Juan, no quita
lo cortés á lo valiente.
Ni el matrimonio es tan fiel
trascurrido el primer año....

JUAN. Que lenguaje tan estraño!

AMA. Es una verdad cruél.

JUAN. ¿Esa regla es general?

AMA. Y lo pregunta un maestro?

JUAN. Es que yo creo que el nuestro
es un caso escepcional.
No es cierto?

AMA. Tienes razon:
nosotros somos felices.

JUAN. Me parece que lo dices
asi, con una intencion....

AMA. Qué quieres? Si nos instruyen
hasta las propias torpezas!

JUAN. Pero observo que tú empiezas
por donde algunas concluyen.

AMA. Tú, por ejemplo.

JUAN. Pues, yo
que siempre en tí me miré...

AMA. Dejémoslo, Juan, porqué
aquel tiempo ya pasó.

JUAN. Casi me produce espanto
oirte hablar de ese modo!

AMA. Si nos queremos; con todo
ya no nos queremos tanto.
Bueno es que en la sociedad
haya cierta discrecion.

JUAN. Pero es que la educacion
no exije esa frialdad.
Si es una cosa risible
una pareja vehemente,
ese estado indiferente
es atroz, irresistible.
Hay algo en el matrimonio
que nos dulcifica el alma.

AMA. (Es menester mucha calma.)

JUAN. (Me está llevando el demonio!)

JUAN. (Nada, como si tal cosa...
Seria yo tan dichoso...)
AMA. (Esto es demasiado.) Esposo...
JUAN. (Ah! gracias á Dios!) Esposa.
AMA. Te agradan mis teorías?...
JUAN. (¡Que salida!) Como tuyas.
AMA. La esperiencia....
JUAN. (No concluyas.)
AMA. Tienes razon, como mias.
(Mis sospechas pueden ser
injustas, si es un error....
No, tengo pruebas.)
JUAN. (Señor,
por qué calla esta mujer!)

ESCENA XVI.

DICHOS, PAULINA.

PAUL. Cuando quieras, ya estoy lista.
AMA. (Ella!)
PAUL. Qué tienes, Amalia? (*Dulzura.*)
No estás mejor?
AMA. (Siempre es ella
la que mi fortuna mata!)
JUAN. Van ustedes á paseo?
PAUL. Sí, Juan.
JUAN. Si yo no estorbára,
acompañaría á ustedes.
AMA. Tú?
JUAN. Sí, mujer; qué te espanta?
AMA. Tú, Juan? Ya ves, no es estraño
que, no estando acostumbrada
á tanta atencion, me admire!
JUAN. Si estorbo me quedo en casa.
AMA. Estorbar? Qué disparate!
A mí, por lo menos nada;
no se si á Paulina...
JUAN. Entonces
no insisto.
PAUL. Mujer, qué chanzas!
AMA. Aunque si fuera posible
dar crédito á sus palabras,
es libre completamente.
Lo crees tú? (*A Juan.*)
JUAN. Es cosa estraña,
y, por mi parte, lo dudo,
con su permiso. (*Muy afable y sonriendo.*)

PAUL. Pues, vaya,
si ustedes dudan, no insisto.
AMA. Yo... vamos, casi apostaba
á que, á pesar de que nunca
lo hiciste, ahora me engañas.
PAUL. Esa insistencia me choca.
AMA. Recuerdas qué confianza
hemos tenido?
PAUL. Tenemos,
dirás mejor.
AMA. Todo acaba.
PAUL. Amalia!
AMA. Si, si, Paulina,
todo hastía, todo cansa;
la amistad, el matrimonio;
cuánta farsa! Cuánta farsa!
JUAN. Amalia!
AMA. Si aquí en familia
tambien guardamos la máscara,
será la vida un suplicio.
Paulina, seamos francas.
PAUL. Esas palabras me ofenden
y yo no acierto á esplicármelas.
AMA. Porque tú nunca has sufrido,
porque te conservas cándida, (*Mucha intencion.*)
y solo el que el mal concibe,
es quien desconfia y clama:
el que vive sin cariño,
sin que á nadie inspire lástima,
sin ventura, sin consuelo,
sin calor, sin esperanza;
siendo juguete del mundo,
que vé al desdichado y pasa,
cuando no agrava sus penas
con el desprecio y la sátira:
y es del amigo juguete
y del que amor le juraba.
JUAN. Y á que vienen esas quejas?
Habla con franqueza, Amalia.
PAUL. Ah! sí, yo te lo suplico.
AMA. Franqueza? No; «farsa! farsa!»
JUAN. Amalia!
AMA. Si tú lo quieres,
seré contigo mas clara.
PAUL. Si, si. De mí tienes quejas? (*Turbada.*)
AMA. Paulina, tú me engañabas; (*Dulzura afectada.*)
y tú sabes quién sospecho

que te adora?

JUAN. Calla! Calla!

PAUL. Quién?

AMA. Te ofrecí, si algun dia
sin querer lo penetraba,
decirte: «Mira, ese, ese.»
Pues bien, «Ese.» (*Señalando á Juan.*)

PAUL. Oh, Dios! (*Cayendo sobre una silla.*)

JUAN. Amalia! (*Grave, sin exaltarse.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA *y* MUÑOZ.

MUÑ. Zi la mujer ez er vicho
mas malo que Dioz crió,
que de zeguro que entonce
eztaba de mal humó.
No paza dia, zin que
me dé ozté una dezazon.
Zolamente porque zalen
de menoz un real ó doz
en ezaz pícara cuenta
que piden un contador,
me ha puezto ozté ya á hablar zolo.

CATA. Usted abusa, Muñoz,
porque vé que le protejo,
porque conoce mi amor,
y sabe que soy sensible.

MUÑ. Zenzible! Vargame Dio!
Ez ozté como er cabayo
que eztá en la Plaza Mayor.
Zi tienen oztede todaz
la mezma figuracion.

CATA. No decia eso el difunto.

MUÑ. Puez por ezo ze murió.
Qué, zi ozté le habria puezto
maz cargaz que un caracol,
y maz pulido que un guante
y maz negro que el carbon.
Azí murió el hombre frito.

CATA. No, que murió de un tumor.

MUÑ. Todoz loz maloz humorez
del dia que ze cazó.

CATA. Era el hombre mas corriente....
como que fué corredor

de minas. Pobre Narciso!

MUÑ. Puez por ezo ze corrió!
¿Ze ha levantado ya el ama?

CATA. Yo no sé; creo que nó.

MUÑ. Hoy vá á zer el dia grande,
ya verá ozté que funcion.
Er coroné ha zalío
mu temprano; eztaban doz mbre
aguardándole en la ezquina,
el uno era aquel zeñor
que vino ayer tarde, un ho
mucho maz feo que yo.

CATA. Que atrocidad!

MUÑ. Zi zeñora.
Puez qué cree ozté? Que er baron
ha de zer una pintura?
Puez eztá ozté en un error.
El hombre debe zer feo,
valiente como un leon,
áspero como un zarzal:
cuanto maz bruto mejor....

CATA. Jesus! se está usted pintando?

MUÑ. Mizte eza ez una alusion.

CATA. Pero á donde iria el amo?

MUÑ. Vaya ozté á zaber. Por mor
de hacer arguna vizita,
ó dar arguna razon,
ó dezpedir á un amigo.

CATA. Puede ser.

MUÑ. Puede.

CAT. Muñoz,
nosotros nos entendemos.

MUÑ. Y qué?

CATA. Con lo que pasó
ayer, ya tiene una datos
para estar en la cuestion.

MUÑ. Lo que ez yo, la digo á ozté
que no ze náa.

CATA. Traidor!
Con que usted tampoco ha visto
lo que anoche sucedió?
Con que no sabe que el amo....

MUÑ. Mizte, baje ozté la voz.

CATA. Que el amo y esa Paulina
se entienden?

MUÑ. Y qué? (*Con mucho misterio.*)

CATA. ¡Bribon!

Le parece á usted decente?

MUÑ. Todo lo vence el amor.

CATA. Teniendo una esposa.. vamos...!
Si hubiera una correccion
para esos hombres que á un tiempo
estan jugando con dos,
no habria tantos ejemplos
de desmoralizacion.

MUÑ. Cuando habla ozté azin, parece
que tiene ozté apuntador.
Ezo lo oye ozté en la tienda
cuando vá ozté por arróz.
Lo mezmo hablaba un furriel
que habia en mi batayón:
zortaba cada dizcurzo
capaz de encendé un faról,
y concluia diciendo:
vamoz á la votacion.
Creo que eztá en Leganez,
máz *guiyao*....

CATA. Pues el señor
habrá ido á visitarla;
como anoche se marchó
cuando la dió el accidente...

MUÑ. ¡Jezu, que murmuracion!

CATA. El tio de la señora,
que es un hombre de valor,
há tomado parte ya....

MUÑ. Mizte, lo que ez la aprenzion,
yo creo que antez de poco
dice el amo: ze acabó;
y er tio no toma parte
que vá á tomá er porton. (*Se oye llamar fuerte, dentro.*)
Ahí eztá el amo, de fijo.

CATA. Voy corriendo.

ESCENA II.

JUAN.—MUÑOZ.

JUAN. Oye, Muñoz.

MUÑ. A la orden, mi coronel!

JUAN. Cierra esas puertas... aquella. (*Señalando á las laterales. Id. á la del foro.*)

MUÑ. (Vargame Dioz! ahora ez eya.
Me quedo zolo con él!)

JUAN. Conozco tu lealtad,

y de ella quiero valerme.
Muñoz, vas á responderme
con entera libertad.
Por la gratitud sujeto
te pagaré; no te asombre;
tú ya sabes que soy hombre
que cumplo lo que prometo.
Así, á mi palabra fiel,
no te estrañará el anuncio,
si te pillo en un renuncio,
de que vuelves al cuartel.
Yo no soy muy duro, pero
ya te recomendaria....

MUÑ. Bazta que me mande uzia
á poder der cabo Otero.

JUAN. Despues de esta aclaracion,
no tendrás que reprocharme.

MUÑ. Uzia puede mandarme
que me eche por un barcon.
Digo ziempre la verdad,
zoy obediente y zumizo,
y hasta, zi fuera precizo,
haria una atrocidad.
A uzia le tengo ley
y á más de lo que le debo,
zi yo me he enganchao de nuevo
no ez para zervir al Rey.
Yo vivo azin, francamente,
mejor que zi me rebajo:
teniendo horror al trabajo
no hay maz que zer aziztente.
Viendo ar que trabaja, zudo;
y veo, zi me regiztro,
que yo no zoy pa meniztro,
aunque arguna vez lo dudo.

JUAN. Bien, hombre, bien; ¿callarás?
Esto raya en demasía.
Tú has dado una carta mia
á la señora?

MUÑ. Jamáz.

JUAN Muñoz, habla ingénuamente:
ella la carta ha leido?

MUÑ. Zi zeñó.

JUAN. Pues, cómo ha sido?

MUÑ. Nada, mu zenciyamente.
Limpiando yo la levita
de gala, fuí á volverla,

cayó eza carta, y al verla
la tomó la zeñorita.
Yo, que cuando ze la dí,
luego comprendí la farta,
la dije, que aqueya carta
me la enviaban á mí.
Pero ar cabo la leyó,
y me dijo con mal gesto:
«Yo la dejaré en zu puezto,
mutiz,» y me ezpabiló.
Azin fué, mi coroné,
lo mizmo, er Zeñó me azizta.

JUAN. Bien, quítate de mi vista.

MUÑ. (Puez zeñó, güervo ar cuarté.) (*Sale al foro.*)

ESCENA III.

JUAN.

Luego lo que á mí me afecta
es el error importuno
de todos; es que ninguno
marchó por la *línea recta.*
Es que, obrando cada cual
segun sus inspiraciones,
inventó complicaciones,
ó dejó seguir el mal.
Amalia por qué no habló?
La razon no se adivina:
por qué ha callado Paulina?
Por qué me he callado yo?
Anduvo el tio en el lío.
Cómo habia de arreglarse?
Es que en todo ha de mezclarse
ese demonio de tio.

ESCENA IV.

DICHO, DON PRUDENCIO.

PRUD. (Donde las toman las dan;
veremos cómo lo toma.)

JUAN. (En mentando al ruin en Roma...
dice bien aquel refran.)

PRUD. Buenos dias.

JUAN. Igualmente.

PRUD. (Ni una lágrima se enjuga.)
Parece que se madruga,
queridísimo pariente.

JUAN. Salí á disfrutar del fresco
á la fuente Castellana.
PRUD. Y yo á tomar la mañana;
digo á tomar un refresco.
Como el calor nos acosa,
tu esposa y yo convinimos
en salir; con que salimos,
como digo, yo y tu esposa.
Que estaba triste, impaciente;
y tiene tan mala cara...
Eh? (Lo mismo que si hablára
con el vecino de enfrente.)
Por cierto que por muy poco
no tuvimos un disgusto.
JUAN. Cómo?
PRUD. (Vamos, ya le asusto.)
No fué nada; un pollo, un loco.
Si es necesario tener
mas paciencia...
JUAN. Tio, al grano. (*Impaciente.*)
PRUD. Pues besó á Amalia una mano.
JUAN. A Amalia? (*Sin poder contenerse.*)
PRUD. Sí, á tu mujer.
JUAN. Y lo dice usted así?..
Sin vergüenza al referirlo?
PRUD. Pues á quién he de decirlo
con mas franqueza que á tí?
Como tú no ves en ello
mas que el hecho todavía...
Amalia le conocía.
JUAN. Cómo?
PRUD. Pues sinó le estrello.
Pero si has de incomodarte,
aquí paz y despues gloria.
JUAN. Cá! no señor, esa historia
tendrá una primera parte.
PRUD. No vayas ahora á creer
que es alguna picardía.
Amalia le conocía
antes de ser tu mujer.
Si tuvieron relaciones,
eso, allá se las avengan:
con tal de que no las tengan,
á qué buscar desazones?
JUAN. Hombre, es usted singular;
á no oirle lo dudára.
Usted cree que tengo cara

de dejarme torear?
Quién es ese mentecato
que ofenderme se imagina? (*Indignado.*)

PRUD. Yo creo que mi sobrina
ha de guardar su retrato.

JUAN. Pues si el negocio se entabla,
la juro...

PRUD. Qué desvario!
Qué importa eso?

JUAN. Señor mio,
usted no sabe lo que habla.
No quiero conversacion,
Que quiero callar y hacer.
Voy á ver á mi mujer.

PRUD. Allí está en su habitacion.
Yo soy muy franco, sobrino,
y digo, aunque no le halaga,
que amor con amor se paga,
y usted enseñó el camino.
Si, lo que no es de esperar,
Amalia á usted le ofendiera,
no sería la primera,
que usted la enseñó á faltar.
Yo conservo el monumento
que acredita su falsía.

JUAN. Don Prudencio!

PRUD. Todavía
guardo yo aquel pensamiento.

JUAN. Conducta tan indiscreta
no estrañe usted que me asombre,
Don Prudencio, cuyo nombre
es su antítesis completa.
Diga usted, con qué razon
me juzga usted y examina?
Si, señor, quiero á Paulina
con todo mi corazon.
Ya ve usted que no me callo,
confieso mis estravíos.

PRUD. Afuera, afuera los mios,
los de á pié y los de á caballo!

JUAN. Esto se acaba muy pronto.
y ay! de aquel que se desmande. (*furioso.*)
(No hay calamidad mas grande
que sufrir á un hombre tonto.) (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA V.

DON PRUDENCIO.

Gracias á mi discrecion,
á mi buena direccion,
á mi tacto y mi firmeza,
se está viendo que ya empieza
á entrar este hombre en razon.
Llegué aquí oportunamente;
porque ella es una inocente,
y sino vengo, la engaña;
pero tiene en la campaña
el apoyo de un pariente.
Y el mozo cantó bien claro;
sin tener ningun reparo
confesó sus relaciones:
es que ciertas confesiones
exigen mucho descaro!
Continuarán viento en popa
libando la impura copa
de un amor que ofende al cielo.
Un coronel! Qué modelo
para la clase de tropa!

ESCENA VI.

DICHO, AMALIA.

AMA. Le ha visto usted?
PRUD. Ya lo creo.
AMA. Y le ha dicho usted?. ..
PRUD. Sí, todo.
AMA. Se ha incomodado conmigo?
PRUD. Mucho, se ha puesto furioso.
AMA. No he querido recibirle.
PRUD. Nos amaga el trueno gordo,
pero en pos de la tormenta
verás que sol tan hermoso.
AMA. Pero, Dios mio, es posible
que, sin un motivo solo,
un amor tan verdadero
pueda olvidarse tan pronto?
PRUD. Pues si tú hubieras oido
lo que me dijo hace poco!
En fin, no quiero afligirte,
pero me dijo hidrofóbico:
«Si señor, quiero á Paulina;

y qué? Por su amor ya loco,
soy capaz de cualquier cosa.»
Yo le respondí. «Y un tordo.»

AMA. Conque él mismo lo confiesa?

PRUD. Pero hay remedios heróicos,
cuando los padecimientos
llegan á ser peligrosos.
Te juro, sin ser Europa,
que yo le convierto en toro,
y te le tengo mas manso...

AMA. No quiero nada forzoso,
que el cariño no se impone.

PRUD. No andemos en circunloquios.
Déjate guiar, sobrina,
y salvarás los escollos.
El volverá, de seguro,
tengo yo un talento mónstruo;
ya están tendidas las redes
y allá veremos si copo.
Me voy á ver á la prójima.
Dices que es calle del Sordo?

AMA. Muñoz irá á acompañarle.

PRUD. Ese está ya con nosotros.

AMA. No se fie usted.

PRUD. No temas.
Mira, si te habla tu esposo,
cuidado con que vaciles,
aunque se ponga hecho un ogro,
si no quieres que, en tu daño,
lleve mi plan el demonio.
Conque hasta luego, sobrina.
«Non temblades, don Alfonso.»

AMA. Bien, si señor.

PRUD. Hasta luego.
Animo! Yo vuelvo pronto. (*Sale por el foro.*)

ESCENA VII.

AMALIA.

Tendrá mi tio razon?
Premiará Juan mis desvelos?
Cómo resiste á los celos
el que tiene corazon?
Yo lo sé por experiencia
de la ansiedad en que vivo;
y si doy nuevo motivo
con ello á su indiferencia?

Y si al ver mi liviandad,
despertando su altivez,
hago que cambie, tal vez,
en odio su frialdad?
Ya la comedia empezada,
si le descubro el enredo,
nada consigo, y no puedo
borrar la escena pasada.
Quedará en él la impresion
de un engaño que hace daño;
pero si con este engaño
rindiera su corazon!

ESCENA VIII.

DICHA, JUAN.

JUAN. (No hay nada en su tocador
y nada en su *necesaire*.)
AMA. (Me falta valor.)
JUAN. (A ver
si es que me falta valor.)
Amalia, muy buenos dias.
AMA. Ah! Muy buenos, Juan. (*Como sobresaltada.*)
JUAN. (Qué amable!
Que el hombre mas razonable
piense en estas tonterías!)
Te has asustado? Lo siento.
AMA. Sí?
JUAN. Puedes creerme, esposa;
pero tú eres tan nerviosa,
que te asusta un pensamiento.
AMA. (Qué cinismo!)
JUAN. (A que no hablo?)
AMA. (Él mismo me lo recuerda.)
JUAN. (Pero que el hombre se pierda
por esta imágen del diablo!)
AMA. (Qué pensará?)
JUAN. (Nos hechiza
con su belleza y su arte.)
De poco tiempo á esta parte
eres muy asustadiza.
Y dice un refran vulgar,
tan exacto como breve,
que el que algo teme, algo debe.
AMA. Nada tengo que pagar.
Antes, con razon de sobra,
quiero reclamar...

JUAN. De veras?
Es que no basta que quieras;
el que no paga, no cobra.
Es principio de justicia
que siento por precedente.
AMA. No te comprendo.
JUAN. Corriente;
porque no tienes malicia.
AMA. Juan!...
JUAN. Déjame que concluya.
Como que el hombre es hermano,
te dejas besar la mano
como si no fuera tuya.
Digo! Tuya no, que si
te hice en el templo mi esposa,
allí, por alguna cosa
me la entregaron á mí.
Y nos juramos los dos
mútua fé con alegría!
Sobre tu mano y la mia
estaba allí la de Dios!
Al oirte murmurar
aquel sí, grave y sencillo,
ví lucir con mayor brillo
las velas en el altar.
Era, soy franco, ya ves,
porque al Señor no ofendias,
porque entonces no mentias
como has mentido despues.
AMA. Era porque á la sazon
dichosa me contemplaba;
era porque dominaba
yo sola tu corazon.
Era porque ante los cielos
mi esperanza se cumplia;
era porque te queria
sin sospechar en los celos.
JUAN. Amalia, ese es un reproche
que me avergüenza y me acosa;
puedes estar orgullosa
por tu conducta de anoche.
AMA. Qué? Llegará tu osadía
hasta ese punto?
JUAN. Y no cedo;
ya sabes que yo no puedo
sufrir una grosería.
AMA. Grosería?

JUAN. Pero atroz!
AMA. Ya fuiste á enjugar su llanto. (*Sarcásticamente y sin poder contenerse.*)
JUAN. De fijo no hace otro tanto
el asistente Muñoz.
AMA. Juan, yo no puedo sufrir
descaro tan inaudito.
JUAN. Pues yo lo siento infinito,
Amalia, pero has de oir.
Preciso es que deslindemos
la situacion en que estamos;
ó sino, que concluyamos
si es que no nos entendemos.
No podemos continuar
en situacion tan tirante.
Yo he callado ya bastante
sin tener por qué callar.
AMA. Sin tener?...
JUAN. Pues, sin tener.
AMA. Juan, si, dudo lo que escucho. (*Conteniéndose.*
Tambien yo he llorado mucho.
JUAN. Sí, lágrimas de mujer.
AMA. Ves qué consideracion
te inspiran mis sufrimientos?
JUAN. Pues si todos esos cuentos
son de tu propia invencion!
Nunca has oido de mí
este lenguaje, dirás?
Es que hasta ahora, jamás
pude sospechar de tí.
Es que te juzgué de modo
que tú nunca has merecido.
AMA. Juan!
JUAN. Es que me has ofendido,
y ya estoy resuelto á todo.
Tu tio es un mentecato
que habla por mecanismo...;
pues bien, me ha dicho ahora mismo
que tú guardas un retrato.
Le busqué en tu tocador;
pero no estoy satisfecho;
le exijo.
AMA. Con qué derecho? (*Serena.*)
JUAN. Con el que me dá el honor.
AMA. Pues con tu frase te arguyo
pidiéndote como paga,
que mi honor se satisfaga

al satisfacer el tuyo.
Qué nombre puede tener
la ofensa que ha recibido
la mujer de su marido,
si la humilla á otra mujer?
Si en su alta capacidad
no sienta el mundo este axióma,
es porque el hombre se toma
el mando en la sociedad.
Qué justicia puede haber
en la Ley, que hace forzoso
que, siendo el rey el esposo,
sea esclava la mujer?
No, yo rechazo esa idea
para el hombre utilitaria;
si la ley no es arbitraria
que venga Dios y la vea.

JUAN. Amalia, acabemos.

AMA. Juan!

ESCENA IX.

DICHOS, MUÑOZ, *al foro.*

MUÑ. Mi coroné!

JUAN. Eh?

MUÑ. Zi uzía
da zu premizo...

JUAN. Qué quieres?

MUÑ. La zeñorita Paulina. (*Inteñcion.*)

JUAN. Quien? (*Asombro.*)

AMA. Paulina? (*Idem.*)

MUÑ. (Vaya un zarto!)

AMA. (Es demasiada osadía!
Después del lance de anoche
volver!.. Parece mentira!

MUÑ. (Ezcena muda! Aquí eztamo
haciendo la pantomima!)

AMA. Muñoz!

MUÑ. Zeñora!

AMA. La dices
que no puedo recibirla.

JUAN. Amalia!.. Dila que pase. (*A Muñoz.*)

AMA. No!

JUAN. Muñoz!

MUÑ. Voy de zeguida.
(Puez lo que ez como ze vean,
de zeguro que ze trincan.) (*Sale.*)

AMA. La recibirás tú solo. (*Se dirije á la puerta derecha.*)
JUAN. Amalia, otra grosería?
AMA. Que siempre llegue á estorbarme?
JUAN. Te pido que la recibas;
tal vez lo agradezcas luego,
si tú eres agradecida. (*Sale á tiempo que entra Paulina por el foro.*)
PAUL. (Amor con amor se paga.) (*Aparte á Juan.*)
JUAN. (Doy á usted gracias, Paulina.) (*A Paulina.*)

ESCENA X.

AMALIA.—PAULINA.

PAUL. Amalia, aunque para mí
tu amistad ha concluido,
á volver me he decidido
por ultima vez aquí.
Comprendo que te incomodo;
quién á su rival soporta?
Pero ya ves si me importa,
cuando atropello por todo.
AMA. No me causa novedad,
será alguna trama suya:
la suplico que concluya
á la mayor brevedad.
PAUL. Si no me falta valor
muy pronto sabras mi objeto,
y el desdichado secreto
que causa tu mal humor.
No trato de vindicarme
de una infamia, de un delito;
ni yo perdon necesito
ni tú puedes perdonarme.
Como el hecho no existió,
se demuestra fácilmente,
que solo fué delincuente
la que el hecho imaginó.
AMA. Tendrás tambien la osadía
de negar!..
PAUL. Sí, te lo juro.
AMA. Paulina!
PAUL. Y tú, de seguro,
has de amarme todavía.
Tú me creiste capaz,
juzgándome sin templanza,
de robarte la esperanza,

y la ventura y la paz.
Y en una carta tuviste
la demostracion cumplida;
una carta traducida
por la impresion que sentiste.
Carta, cuya esplicacion,
disipando tus enojos,
hará que vuelvas tus ojos
á la luz de la razon.

ESCENA XI.

DICHAS, DON PRUDENCIO.

PRUD. Sobrina... Calle!
AMA. Qué, tio?
PRUD. Cambió la temperatura?
AMA. Si, señor.
PRUD. Será otro lío:
tú eres una criatura.
AMA. Pero, tio...
PAUL. Señor mio!..
AMA. Dispénsale.
PRUD. Poco á poco,
que yo nunca me equivoco,
y no tolero un insulto.
AMA. Está usted juzgando á bulto.
PRUD. Es decir que yo estoy loco?
PAUL. Causa del fatal error,
ha sido, Amalia, esa flor,
que maldiga Dios, amen.
Y tú, que piensas tan bien,
has ofendido mi honor.
Recuerda nuestra amistad,
que con tal facilidad
olvidaste de repente:
no se acusa al delincuente
sin pruebas de su maldad.
AMA. Y no tengo pruebas yo?
PAUL. La apariencia me vendió;
pero quién de ellas se fía?
AMA. No es tuya la carta? (*Mostrándosela.*)
PAUL. Mia.
AMA. Y no tengo pruebas?
PAUL. No.—
Escucha y podrás juzgar.
Ya sabes que, sin faltar,
á no hacer viento ó llover,

las dos, antes de comer,
salimos á pasear.
Que tú misma muchos dias,
á tu asistente me envias
si no quieres que salgamos,
y otros dias los pasamos
contándonos niñerías.
Pues bien, anteayer salí
con mi doncella, y seguí
el prado insensiblemente,
sin reparar en que un ente
venia detrás de mí.
Cuando de un modo violento
con osadía sin cuento,
que otro pollo celebraba,
de un ramo que yo llevaba
me arrancó ese pensamiento.
Hallé en aquella sazon
á Juan, que en viendo la accion,
como su genio es vehemente,
cogiendo al pollo insolente
le sacudió un bofeton.
Cambiaron tarjetas y
evitar no conseguí
un lance que yo causaba.
Comprendes por qué callaba?
Amalia juzga por tí.
Por no hacer nada á derechas
quise evitar tus sospechas
buscándolas justamente.
Ya ves si soy delincuente.

PRUD. Nada, mentiras deshechas...

PAUL. Luego el necio comprendió
que imprudente me faltó,
ó tubo miedo á un percance:
pues por evitar el lance
esta carta me escribió. (*Se la dá á Amalia.*)
Mandó en ella el pensamiento,
que yo remití al momento
á Juan, y una carta ambigua,
pero que todo atestigua
la verdad.

PRUD. (Este es un cuento!)

AMA. Si te juzgué con rigor,
¡fué tan fundado mi error!
Decias literalmente:
«Juan, se humilla y se arrepiente

quien te remite esa flor.»
Mas tu proceder no alabo:
¿Por qué callaste...? Y al cabo,
se llevó á efecto ese duelo?

PRUD. No pude saberlo.

AMA. ¡Cielo! (*Vá á llamar y aparece Juan.*)
(Respiro!) Paulina! (*Abrazándola.*)

JUAN. (¡Bravo!)

ESCENA XII.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Al fin...

PRUD. Mi sobrina es tonta.

JUAN. Don Prudencio, usted se pasa
de celoso, y en mi casa
me basto yo.

PRUD. Tanto monta!

JUAN. Estás satisfecha?

AMA. Sí.
Dudé injustamente.

PAUL. ¡Oh!

JUAN. Amalia, ahora falto yo.

AMA. Cómo?

JUAN. Que me toca á mí.
Dame ese retrato.

AMA. Ingrato! (*Dulzura.*)
Pero no estraño tus dudas.
Todo es falso.

JUAN. Aquí hay un Judás..

AMA. ¿Creiste lo del retrato?
Ya soy feliz! (*Abrazando á Juan.*)

PRUD. Si? De veras?
(*Signo afirmativo de Amalia.*)
¡Vamos, esto no se esplica!
¿Conque feliz, eh? Pues, chica,
tienes unas *tragaderas*....!

AMA. Si, tio, ¿no lo he de ser,
cuando ya me he convencido,
de que nunca mi marido
ha olvidado á su mujer?
Ya sin duda ni temor
me confirma la evidencia,
en mi bendita creencia
de que hay amistad y amor.

PRUD. Y yo estuve haciendo el *bú*

por tu causa solamente?

JUAN. Tiene razon tu pariente.

AMA. Tuve yo la culpa...?

JUAN. Tú:
y te daré mis razones.
En vez de forjar un cuento,
¿por qué en el primer momento
no pediste explicaciones?
¿Por qué al sospechar agravios
no viniste á mi derecha,
á decirme tu sospecha
con la verdad en los labios?
Faltando la lealtad
se llega á un término indigno,
y la franqueza, es el signo
del amor, de la amistad.

AMA. Comprendes tú la indirecta?

PAUL. Tambien yo he faltado.

AMA. Un poco.

PAUL. Confieso que yo tampoco
marché por la línea recta.

AMA. Es verdad. Me diste un susto.

PAUL. A indemnizarte me obligo.
No he sido franca contigo
por evitarte un disgusto.
Pero veo que es mejor
no andar buscando rodeos,
que con muy buenos deseos
se va de mal en peor.

JUAN. Si una duda nos afecta,
mejor es desengañarnos
de una manera directa;
que es fácil estraviarnos
dejando la línea recta.

FIN.